

FIESTA DEL BAUTISMO DEL SEÑOR – AÑO A

Is 42,1-4.6-7; Hch 10,34-38; Mt 3,13-17

Hilo conductor: El descubrimiento, la confirmación y la vivencia de nuestra identidad como hijos e hijas amados de Dios, revelada en el bautismo de Jesús y renovada cada día en nuestra misión de llevar su luz al mundo.

INTRODUCCIÓN

Hace algunos años, un padre me contó un momento que nunca olvidó.

Su hijita acababa de aprender a nadar. Estaba de pie, nerviosa, al borde de la piscina, demasiado asustada para moverse. Entonces su padre se metió en el agua, extendió los brazos y simplemente dijo: «Aquí estoy. Confía en mí».

Algo cambió en su rostro. No porque de repente se volviera valiente, sino porque escuchó la voz de su padre y supo que estaba a salvo. Saltó... y comenzó la aventura.

Hoy celebramos un momento muy parecido. Jesús entra en el río Jordán y los cielos se abren. El Padre hace oír su voz y dice:

«Tú eres mi Hijo amado; en ti me complazco».

Desde ese momento comienza la misión pública de Jesús: no solo, no con incertidumbre, sino sostenido por el amor del Padre.

En nuestro bautismo, Dios pronunció la misma verdad sobre cada uno de nosotros:

Tú eres mío. Tú eres amado. Tú estás llamado.

ACTO PENITENCIAL

El bautismo de Jesús nos recuerda que la gracia es siempre un nuevo comienzo. Volvámonos al Señor, que nos lava y renueva nuestros corazones.

- Señor Jesús, tú entraste en las aguas del Jordán para estar con nosotros en nuestra necesidad: Señor, ten piedad.

- Cristo Jesús, tú revelas el amor del Padre a quienes se sienten perdidos o indignos: Cristo, ten piedad.
- Señor Jesús, tú nos envías como testigos de la compasión y de la verdad: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Dios que nos llamó por las aguas del bautismo borre nuestros pecados, renueve nuestros corazones con su misericordia y nos conduzca a la libertad de sus hijos. Amén.

INVITACIÓN AL GLORIA

Habiendo reconocido nuestra necesidad de la misericordia de Dios y alegrándonos por el amor revelado en el Jordán, demos ahora gloria al Padre que nos llama tuyos, al Hijo que se pone a nuestro lado, y al Espíritu que renueva nuestros corazones. Con gratitud y alegría, cantemos: Gloria a Dios en el cielo...

ORACIÓN COLECTA

Dios de los nuevos comienzos, en el río Jordán revelaste a tu Hijo amado y derramaste sobre Él tu Espíritu. Por la gracia de nuestro propio bautismo nos has llamado por nuestro nombre, nos has hecho tuyos y nos has confiado una participación en la misión de Cristo. Despierta en nosotros la alegría de ser tus hijos y fortalécenos para caminar por el camino de tu amor. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo, Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA- «ÉL DESCENDIÓ... PARA QUE NOSOTROS ASCENDAMOS»

Hace algunos años, un feligrés me contó una historia sobre su nieta. Para su quinto cumpleaños le regalaron un pequeño globo terráqueo. Ella lo hacía girar una y otra vez, recorriendo con su dedito océanos y montañas que

algún día soñaría visitar. De pronto se detuvo, señaló Australia y dijo:

«Abuelo, ¿de aquí vengo yo?»

«No exactamente», respondió él sonriendo. «Vienes de Dios... y Dios tiene grandes planes para ti».

Ella pensó un momento, abrazó el globo y dijo: «Entonces Dios debe estar en todas partes... incluso dentro de esta bola».

¡De la boca de los niños!

El Bautismo del Señor nos invita a mirar de dónde viene Jesús... y por qué va a donde va.

1. El descenso al Jordán

Una peregrina describió una vez su visita al río Jordán en invierno. Esperaba algo majestuoso: aguas amplias, grandes paisajes. En cambio, encontró un tramo estrecho y fangoso, juncos enredados en las orillas y una corriente apenas digna de una foto. Murmuró: «¿Viajé medio mundo

para esto?». Entonces el guía susurró: «Y aquí es donde el cielo se inclinó».

A veces Dios elige el lugar más humilde para revelar la gracia más grande.

El Evangelio dice: «Entonces Jesús vino de Galilea al Jordán para ser bautizado por Juan».

El río Jordán —cuyo nombre puede significar “río que desciende”— baja casi mil metros desde el monte Hermón hasta el mar Muerto. Jesús desciende a este río que desciende. Y este descenso no es solo geográfico; es teológico.

Toda la vida de Jesús es un movimiento hacia abajo:

- de la gloria de Dios a la fragilidad de un pesebre,
- de la divinidad al hambre y al cansancio,
- del cielo a Nazaret,
- y ahora, de las colinas de Galilea a las aguas turbias donde los pecadores hacen fila.

San Pablo dice que «se despojó de sí mismo... tomando la condición de siervo».

Cristo sigue descendiendo, sigue inclinándose, sigue haciéndose pequeño.

Como decía un viejo monje: «Mira siempre a dónde va Jesús. Siempre va hacia abajo; y donde Él va, la gracia desciende».

En el Jordán, la gracia desciende al agua... para luego poder subir en la resurrección.

2. ¿Por qué fue bautizado Jesús? Tres luces

En una escuela primaria se organizó un “día de fila”, donde los niños se alineaban según su estatura. Un niño alto quedó incómodo atrás con los maestros, hasta que alguien le dijo: «Puedes saltarte la fila y ponerte con nosotros». Él negó con la cabeza: «No. Mis amigos están allí. Quiero estar con ellos».

Más tarde, la maestra dijo: «Ese día aprendí más sobre la amistad que en todos mis cursos».

Jesús también se coloca donde estamos nosotros.

Juan el Bautista se sorprende: «Soy yo quien necesita ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?».

A. Jesús entra en nuestra fila

Lucas dice: «Cuando todo el pueblo era bautizado, también Jesús fue bautizado».

Se pone en la fila de los pecadores.

B. Jesús muestra su programa de vida: obediencia al Padre

«Conviene que así cumplamos toda justicia».

Este es el plan de toda su vida.

C. Jesús revela el corazón de Dios

El cielo se abre.

El Espíritu desciende.

El Padre habla: «Este es mi Hijo amado».

Una epifanía de ternura divina.

Como dijo un niño en clase:

«Si Jesús es el Hijo de Dios, entonces su bautismo debe

ser Dios diciendo: “¡Es Él! ¡Es el Elegido!”».

Exactamente.

3. Nuestro bautismo: donde Dios dice lo mismo de nosotros

Una abuela me mostró una caja de zapatos donde guardaba las velas bautismales de todos sus nietos. «Ellos no recuerdan ese día», me dijo, «así que yo lo recuerdo por ellos». Y añadió: «Cada vela es una historia: el día en que cada niño se convirtió en la alegría de Dios».

¡Ojalá recordáramos nuestro propio bautismo con ese cariño!

La mayoría no lo hace. Pero los santos insisten: el día de nuestro bautismo es el día más importante de nuestra vida.

Porque ese día Dios dijo:

«Tú eres mi hija amada. Tú eres mi hijo amado. Me complazco en ti».

Muchos cristianos tienen dificultad para escuchar esta voz.

El amor condicionado —la aprobación basada en méritos— la ahoga.

Interiorizamos voces como:

«Pórtate bien y serás amado».

«Hazlo bien y serás aceptado».

Y poco a poco dejamos de vivir como originales.

«Todos nacen originales, pero muchos mueren copias».

Nuestro bautismo proclama una verdad distinta:

Dios se complace en ti tal como eres.

Para volver a escuchar esa voz, san Ignacio proponía tres caminos de gracia:

1. la experiencia directa,
2. la devoción diaria,
3. el discernimiento sereno.

Solo en el Jordán interior vuelve a hacerse audible la voz de Dios.

4. El Jordán como frontera: vida, muerte y paso

Un capellán me contó de un hombre moribundo que susurró: «Estoy de pie en la orilla del río». Su familia pensó que estaba confundido, pero no lo estaba. «Puedo oír el agua», dijo. «Pero no tengo miedo. Alguien ya lo cruzó por mí». Murió en paz esa noche, sonriendo.

El Jordán siempre ha simbolizado el paso.

Israel lo cruzó hacia la promesa.

Moisés vio la tierra desde el otro lado.

Aún decimos de los difuntos: «Ha cruzado el Jordán».

Cuando Jesús entra en el Jordán, ya está anticipando su muerte y resurrección.

Desciende a la humanidad, al pecado, al sufrimiento, a la muerte,

para que ninguno de esos lugares vuelva a estar sin Dios.

El descenso termina en una tumba.

Pero termina en los brazos del Padre.

5. Llamados a vivir como hijos e hijas amados

Un profesor de pintura decía a sus alumnos: «Antes de tomar el pincel, recuerden una cosa: pinten desde dentro hacia afuera; no desde el miedo ni la presión, sino desde lo que realmente son». Un alumno dijo después: «Ese consejo cambió no solo mi manera de pintar, sino de vivir».

La vida cristiana es exactamente esto: vivir desde dentro, desde la certeza de ser amados.

A todo niño bautizado se le tocan los oídos: «Effatá: abrete».

Ábrete al amor.

Ábrete a la misión.

Debemos permitir que nuestros corazones se abran de nuevo:

- para silenciar viejas acusaciones,
- para dejar de medir nuestro valor,
- para confiar en la complacencia del Padre.

Un director espiritual lo expresó así:
«La vida cristiana es aprender cada día a creer que eres
amado antes de hacer nada para merecerlo».

Esto es la verdadera obediencia:
no cumplir reglas por miedo, sino descansar en el amor
incondicional de Dios.

6. Una última historia: cruzar hoy el Jordán

Un hombre me contó sobre su abuelo, un campesino
silencioso de sonrisa amable. Al morir, encontraron una
nota en su libro de oraciones:

«Algún día tendré que cruzar el río. Espero no tener
miedo.

Pero creo que Alguien entró en el agua antes que yo.
Si Él está allí, no me hundiré».

Eso es lo que promete el Bautismo del Señor.
Él descendió para que nosotros ascendamos.
Entró en el agua para que no estemos solos cuando llegue

nuestro propio paso.
Y porque Él bajó, nosotros resucitaremos.

CONCLUSIÓN

Hoy el Padre señala a Jesús y dice: «Este es mi Amado».
Hoy, en tu bautismo, dice lo mismo de ti.
Entremos en el río con Cristo:
en su humildad,
en su obediencia,
en su condición de Amado,
y crucemos con Él hacia la Tierra Prometida
donde el Padre espera a sus hijos e hijas. Amén.

INVITACIÓN AL CREDO

Fortalecidos por la Palabra de Dios
y renovados en la gracia de nuestro bautismo,
profesemos la fe que nos une,
la fe en la que fuimos bautizados,
la fe que guía nuestra vida y misión.
Juntos proclamemos: Creo en un solo Dios...

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Al preparar estos dones de pan y vino,
pongamos también sobre el altar nuestro deseo
de vivir más profundamente nuestra vocación bautismal.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Dios de vida y ternura,
revelaste tu amor por tu Hijo
cuando salió de las aguas del Jordán.
Recibe estos dones, fruto de la tierra y del trabajo
humano,
y hazlos signos de nuestra gratitud
por la gracia recibida en el bautismo.
Que esta ofrenda santa nos fortalezca
para vivir como hijas e hijos amados,
irradiando tu luz al mundo.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

– El Bautismo del Señor

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación darte gracias
siempre y en todo lugar,
Padre santo, fuente de toda bendición.

En el río Jordán
manifestaste la gloria de tu Hijo amado.
Se abrieron los cielos,
tu Espíritu descendió con suavidad,
y tu voz lo proclamó Palabra eterna
que vino a habitar entre nosotros.

En su humildad compartió nuestra humanidad;
en su obediencia abrazó nuestra misión;
en su compasión reveló tu corazón.
Por su bautismo, las aguas de la creación fueron
santificadas

y todo buscador de gracia encontró el camino a la vida nueva.

Por eso, con los ángeles y los arcángeles, y con todos los que están en tu presencia, cantamos el himno de tu gloria:
Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Con el corazón renovado por la misericordia de Dios, y recordando que somos sus hijos amados, oremos con las palabras que Jesús nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de toda sombra que oscurece la luz de nuestra dignidad bautismal. Calma las tormentas que inquietan nuestro corazón, levántanos cuando falta el ánimo y renueva en nosotros la esperanza que viene de tu Espíritu.

Que nunca dudemos de tu voz que nos llama «amados», y caminemos con alegría hacia la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
tú te colocaste entre los pecadores en el Jordán y llevaste la paz a los corazones heridos.
No mires nuestros pecados,
sino la fe que tú mismo has sembrado en nosotros.
Concede a tu Iglesia la unidad del Espíritu,
la serenidad de tu presencia
y la paz que brota del amor del Padre.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
que entró en las aguas del Jordán
para santificar toda la creación
y conducirnos a la vida nueva.

Dichosos los invitados
a la cena del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Jesús,
tú estuviste en el Jordán por nosotros;
ahora habitas en nuestros corazones.
Que la gracia recibida
renueve nuestra identidad de amados de Dios,
fortalezca nuestros pasos en tu servicio
y profundice nuestro deseo de caminar por la senda de la
santidad. Amén.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Renovados por estos dones sagrados, Señor,
te damos gracias por llamarnos tus hijos.
Que el Espíritu que reposó sobre tu Hijo
en su bautismo en el Jordán
guíe nuestra vida con sabiduría y valentía.
Haznos testigos fieles de tu amor,

dispuestos a servir, prontos a perdonar
y alegres en la misión que nos confías.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Dios que abrió los cielos sobre su Hijo amado
abra vuestros corazones a su gracia. Amén.
Que el Espíritu que descendió con suavidad
descanse sobre vosotros y guíe vuestros pasos en la paz.
Amén.
Que Cristo, Luz de las naciones,
os fortalezca para vivir con alegría vuestra vocación
bautismal. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ☧ y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Podéis ir en paz, como hijos e hijas amados de Dios, para llevar su luz al mundo.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

En tu bautismo, Dios pronunció una verdad que nunca ha cambiado:

«Tú eres mi amado».

Vive esta semana de tal modo que otros puedan escuchar esa misma verdad a través de ti.

Lunes de la Primera Semana del Tiempo Ordinario, Año II (2026)

Lecturas: 1 Samuel 1, 1–8; Marcos 1, 14–20

Tema: «Dios nos llama en lo ordinario»

INTRODUCCIÓN

Hay una historia de una maestra que una vez pidió a sus alumnos que escribieran los nombres de las personas que habían marcado sus vidas. La mayoría escribió nombres de figuras famosas: deportistas, actores, científicos, santos. Pero un niño escribió el nombre de su madre.

Cuando la maestra le preguntó por qué, él respondió: «Porque ella me llama por mi nombre, incluso cuando está enfadada». Quienes más nos aman, nos llaman de manera más personal.

Las lecturas de hoy nos recuerdan que Dios también nos llama por nuestro nombre: a veces en medio de nuestras lágrimas, como a Ana; otras veces en nuestras rutinas cansadas, como a los pescadores junto a sus redes. Los días ordinarios pueden esconder invitaciones

extraordinarias. Al comenzar este primer lunes del Tiempo Ordinario, abramos el corazón al Dios que entra en nuestras rutinas y pronuncia nuestro nombre con esperanza, paciencia y un propósito lleno de amor.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú entras en los momentos ordinarios de nuestra vida y nos llamas a confiar: Señor, ten piedad. Tú pronuncias nuestro nombre y nos invitas a seguirte hacia una vida más profunda: Cristo, ten piedad. Tú nos fortaleces cuando nos sentimos estériles como Ana y desanimados como los discípulos de Juan: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Dios que conoce nuestras luchas, escucha nuestro clamor y nos llama por nuestro nombre derrame su misericordia en nuestros corazones, nos libre de nuestros pecados y nos conduzca a la alegría de la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios de los nuevos comienzos, tú llamaste a Ana en su tristeza y a los pescadores en su trabajo cotidiano. Llámanos también hoy con la voz de tu Hijo.

Concédenos corazones dispuestos a confiar, valentía para dejar atrás lo que está vacío, y esperanza para caminar por el camino que tú abres ante nosotros.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo... Amén.

HOMILÍA

Un viajero se detuvo una vez en un antiguo monasterio donde los monjes estaban tallando piedras para una nueva capilla.

Preguntó a un monje: «¿Qué estás haciendo?». «Estoy cortando una piedra», respondió con sequedad. Preguntó a un segundo: «¿Qué estás haciendo?». «Me gano el pan», respondió educadamente. Finalmente preguntó a un tercer monje lo mismo. El monje sonrió y dijo: «Estoy construyendo una casa

donde las personas se encontrarán con Dios».

El mismo trabajo, pero con una visión diferente.

Ana y el dolor escondido

En la primera lectura, Ana está rodeada de su familia, pero profundamente sola.

Su dolor es silencioso, incluso incomprendido por quienes la aman.

Su esposo tiene buena intención, pero su pregunta —

«¿No soy yo para ti más que diez hijos?»— muestra que no alcanza a comprender la profundidad de su herida.

Ana nos enseña que Dios escucha las oraciones nacidas de las lágrimas, aunque los demás no nos entiendan.

Su clamor se convierte en la semilla de Samuel, el profeta que guiará el futuro de Israel.

Los pescadores y el día ordinario

En el Evangelio, Jesús llama a cuatro pescadores en una mañana cualquiera, mientras hacen lo que hacen todos los

días: echar y remendar las redes.

Él entra en su rutina,

se pone en su orilla conocida

y pronuncia una posibilidad nueva:

«Síganme, y los haré pescadores de hombres».

Lo extraordinario suele esconderse en lo ordinario.

Podemos sentirnos como Ana: esperando, sufriendo, incomprendidos.

O como los pescadores: cansados, cumpliendo tareas habituales.

Pero Cristo sigue entrando en nuestra vida diaria y nos dice las mismas palabras: «Sígueme».

No nos pide primero que seamos extraordinarios.

Nos pide que confiemos en Él allí donde estamos.

Qué significa seguir hoy

Seguir a Jesús hoy puede significar:

- soltar un resentimiento que hemos cargado durante años
- ofrecer palabras de esperanza a alguien desanimado
- regalar tiempo, atención o perdón

- atrevernos a creer que nuestra vida ordinaria le importa a Dios
- confiar en que Dios aún puede sacar vida nueva de viejas decepciones

Historia final

Un padre preguntó una vez a su hija pequeña qué quería ser cuando fuera grande.

Ella pensó un momento y respondió:

«Quiero ser la persona que Dios me llama a ser, pero todavía no sé cuál es».

Ese es el camino de todo discípulo.

Hoy, Ana, Simón, Andrés, Santiago y Juan están a nuestro lado y nos susurran la misma verdad:

Dios está pronunciando tu nombre — hoy.

Responde con confianza.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Al preparar el altar,
traemos algo más que pan y vino: traemos nuestras

lágrimas como Ana y nuestras redes como los pescadores.

Oremos para que Dios los reciba y los transforme en gracia.

Que sean aceptables a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Dios fiel, recibe estos dones

y las esperanzas que ponemos sobre tu altar.

Así como transformaste la tristeza de Ana en alegría y llamaste a los pescadores a una nueva misión, bendice nuestras ofrendas y prepáranos para seguir a tu Hijo con corazones confiados.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario darte gracias,

Padre de misericordia y Dios de todos los tiempos.

Cuando nuestros días se sienten vacíos como los de Ana,

tú escuchas nuestros clamores ocultos.

Cuando la vida se vuelve rutina como el trabajo de los pescadores,

tú entras en nuestras tareas ordinarias y nos llamas a un sentido más profundo.

Tu voz da forma a nuestra vida, tu gracia renueva nuestro valor, y tu Espíritu nos guía más allá del miedo.

Por eso, con los coros de los ángeles, con todos los que han escuchado tu llamada — profetas, santos y discípulos de todos los tiempos— nos unimos a su canto eterno de alabanza: Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Con la confianza de Ana y la disponibilidad de los primeros discípulos, oremos con Jesús al Padre que conoce nuestras necesidades antes de que se las digamos.

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males; libera nuestro corazón del miedo, nuestra memoria de la amargura y nuestros pasos de todo lo que nos aparta de ti. Concédenos la paz en nuestros días, para que, sostenidos por tu misericordia, seamos fortalecidos en toda prueba y tentación. Mantennos siempre atentos a la venida de nuestro Salvador, para que, en medio de las turbulencias de este mundo, caminemos con el corazón sereno, confiando en tu promesa y en tu protección, mientras esperamos la feliz esperanza y la venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú dijiste a tus apóstoles: «La paz les dejo, mi paz les doy». No tengas en cuenta nuestros pecados,

sino la fe de tu Iglesia que hoy se reúne—
una fe que anhela tu sanación, tu reconciliación,
tu paz más fuerte que toda preocupación o división.
Concede a tu Iglesia la unidad que solo tu Espíritu puede
dar,
sana a las familias heridas por el silencio o la
incomprensión,
y derrama tu paz en todo corazón inquieto.
Haznos instrumentos de tu ternura
en nuestros hogares, comunidades y en el mundo,
para que tu paz comience en nosotros
y se extienda a los demás.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
que entra en nuestros días ordinarios y nos llama por
nuestro nombre.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Jesús,
mientras reposamos después de recibirte,
recordamos a Ana,
que un día estuvo en la casa de tu Padre
con lágrimas, esperanza y un corazón abierto.
En esta Eucaristía,
su anhelo encuentra su plenitud en ti.
No en el tiempo humano, sino en el misterio que
compartimos,
su fe se encuentra con su Redentor.
El Dios que escuchó su clamor
viene ahora a nosotros en el pan y el vino.
Jesús, así como respondiste a la oración de Ana,
acoge hoy las esperanzas y cargas que traemos.
Sana nuestras penas, fortalece nuestra confianza
y permanece en nosotros con tu paz suave y fiel. Amén.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Padre lleno de amor,
nos has alimentado con el Pan que fortalece.

Así como devolviste la esperanza a Ana
y diste un nuevo sentido a la vida de los pescadores,
renueva nuestro valor
y haznos seguidores fieles de tu Hijo.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN

Que el Dios que escuchó el clamor de Ana
los bendiga con esperanza. Amén.
Que Cristo, que llamó a los pescadores,
los bendiga con valentía. Amén.
Que el Espíritu, que guía a los discípulos,
los bendiga con fuerza para el camino. Amén.
Y que la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y los acompañe siempre. Amén.

DESPEDIDA

Vayan y sigan al Señor
en los momentos ordinarios de su vida.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Dios suele llamarnos en voz baja—
en nuestras rutinas, en nuestras lágrimas y en nuestras
responsabilidades.
Escucha hoy tu nombre.

Martes de la Primera Semana del Tiempo Ordinario

1 Samuel 1,9–20; Evangelio: Marcos 1,21–28

INTRODUCCIÓN

Permítanme compartir una historia. Imaginemos a una mujer, Ana, que había deseado tener un hijo durante muchos años. Cada año acudía al templo, en silencio y con el corazón cargado de tristeza, derramando ante Dios su dolor más profundo. Había soportado burlas y el sufrimiento de un anhelo no cumplido, pero se negó a desesperar. Confiaba en que Dios veía su sufrimiento y podía hacer brotar vida de lo que parecía imposible.

En el Evangelio de hoy encontramos a Jesús enseñando en la sinagoga de Cafarnaúm. La gente se reúne y escucha atentamente. Y sucede algo extraordinario: Jesús habla no como los demás, sino con autoridad. Sus palabras llegan al corazón, sanan a los heridos y traen libertad. Como Ana, el pueblo se encuentra con un Dios que los ve, un Dios cuya fuerza transforma vidas.

Al reunirnos hoy, traigamos ante Dios nuestras cargas, nuestras esperanzas y nuestros anhelos, confiando en que Él sigue pronunciando palabras de vida y de sanación para cada uno de nosotros.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú vienes a sanar a los corazones heridos y a levantar a los humildes.

Señor, ten piedad.

Tú pronuncias palabras que liberan y dan valentía, pero a veces resistimos tu llamada y nos aferramos a nuestros miedos.

Cristo, ten piedad.

Tú das vida a los cansados y esperanza a los desesperados, pero olvidamos confiar en tu poder salvador.

Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso, que levanta a los humildes y escucha la oración de los fieles, nos perdone nuestros pecados, nos libere de todo lo que nos ata y nos fortalezca para vivir a la luz de su Palabra. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Señor, tú escuchas el clamor de quienes anhelan tu presencia y respondes con misericordia. Abre nuestros corazones a tu Palabra, fortalece nuestra fe y concédenos el valor de compartir con otros tu amor que da vida. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

HOMILÍA

Pensemos por un momento en los primeros astronautas de la década de 1960, que se aventuraron en lo desconocido. Desde el espacio contemplaron la Tierra y quedaron llenos de asombro, maravillados por la belleza y la fragilidad de nuestro mundo. Vivieron algo que la

mayoría de los seres humanos nunca verá: una nueva perspectiva que los llenó de admiración.

En la sinagoga de Cafarnaúm, el pueblo fue testigo de un asombro parecido. Jesús habló con autoridad, proclamando una Palabra imposible de ignorar. Sus palabras sanaron y liberaron a un hombre atormentado por un espíritu impuro. La multitud quedó sorprendida y se preguntaba: «¿Qué es esto? ¡Una enseñanza nueva, con autoridad!».

Como Ana, que confió en Dios en el silencio del templo, también nosotros somos invitados a acercarnos al Señor con fe. Él nos encuentra tal como somos —con nuestras luchas, nuestras dudas y nuestros anhelos no cumplidos— y nos dirige palabras de esperanza y restauración.

Sin embargo, como la gente de Cafarnaúm, podemos volvernos insensibles. Nuestro corazón puede endurecerse. Nuestra fe puede convertirse en rutina. El desafío del Evangelio de hoy es volver a despertar ante la autoridad y el asombro de la Palabra de Cristo. Detente en

silencio, reflexiona y permite que Dios hable con poder en tu vida. La palabra autoritativa de Jesús nos libera de nuestros “demonios”: el miedo, la desesperanza, la amargura y el desaliento. Él restaura nuestro verdadero ser, así como restauró al hombre en la sinagoga.

Y la obra no termina en nosotros. Estamos llamados a pronunciar palabras que sanen, a actuar con valentía y a llevar esperanza a los demás. Nuestras palabras, como las de Jesús, pueden dar vida o causar muerte. Elijamos la vida, la sanación y el amor.

Como nos recuerda el Salmo responsorial: «Ojalá escuchen hoy la voz del Señor: no endurezcan su corazón».

Pensemos ahora en un jardinero que cuida un terreno descuidado. Cada día quita las malas hierbas, riega la tierra y cuida con paciencia los pequeños brotes que apenas logran crecer. Al principio parece que nada sucede. Pero con el tiempo, el terreno antes estéril

comienza a florecer, y donde solo había polvo brotan flores.

De la misma manera, la Palabra de Dios actúa silenciosamente en nuestros corazones. Como Ana en el templo o como el hombre liberado del espíritu impuro, quizá no notemos cambios inmediatos, pero Dios está obrando. Cada oración, cada acto de confianza, cada intento de decir una palabra de bondad es una semilla plantada en la tierra fértil de la vida. Y así como el jardinero se maravilla al ver los primeros brotes de la primavera, también nosotros podemos maravillarnos ante la obra de Dios en nosotros y a nuestro alrededor.

Salgamos, pues, asombrados y agradecidos, dispuestos a compartir esta autoridad divina y esta Palabra que da vida, confiando en que Dios transforma vidas de maneras que quizá aún no vemos.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Al presentar nuestros dones en el altar, pongamos ante el Señor no solo el pan y el vino, sino también nuestras oraciones, nuestras intenciones y nuestro deseo de vivir como discípulos de Cristo. Que estas ofrendas sean signo de nuestra entrega y de nuestra confianza en su poder salvador.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor, acepta los dones que te ofrecemos. Que se transformen en signos de tu Palabra que da vida. Así como sanaste al hombre en Cafarnaúm, sana nuestros corazones. Así como devolviste la esperanza a Ana, renueva nuestra fe. Y que salgamos de este lugar renovados, dispuestos a llevar tu sanación y tu paz al mundo. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Tú has enviado tu Palabra para sanar, restaurar y liberar, trayendo vida donde había desesperación y esperanza donde había desolación.

En las maravillas de la creación contemplamos tu majestad;
en la oración de los fieles, tu cuidado;
en la obediencia de los humildes, tu gloria.

Hoy recordamos a Ana,
que derramó su corazón con fe,
y al hombre de Cafarnaúm, liberado por la autoridad de tu Hijo.
Nos muestras que incluso los más pequeños actos de

confianza

pueden abrir el camino a los milagros.

A lo largo de todas las generaciones,
tu Palabra sigue actuando entre nosotros.

Tú enseñas, guías y sanas,
y nos llamas a dar testimonio de tu amor con nuestra vida.

Por eso, con los ángeles y los santos,
con todos los que proclaman tus maravillas,
te alabamos llenos de alegría, diciendo:

Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Llenos de confianza en que Dios escucha nuestra oración,
acudamos a Él con fe y esperanza. Unidos como una sola
familia, oremos con las palabras que Jesús nos enseñó:

Padre nuestro, que estás en el cielo...

EMBOLISMO

Señor, escucha las oraciones que te presentamos por
medio de Cristo, tu Hijo. Derrama tu Espíritu sobre
nosotros, para que seamos fortalecidos en la fe,
renovados en la esperanza y encendidos en el amor. Así
como Jesús sanó a los heridos y devolvió la libertad a los
oprimidos, haz que también nosotros seamos instrumentos
de sanación y reconciliación en el mundo. Guía nuestras
palabras, nuestras acciones y nuestros pensamientos,
para que demos siempre testimonio de tu autoridad y de tu
amor. Líbranos del miedo, de la indiferencia y de todo
poder que empequeñece nuestro corazón, y haznos
canales de tu misericordia y de tu paz, mientras
esperamos la feliz esperanza y la venida de nuestro
Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesús, Príncipe de la paz, tú calmas las tormentas, restauras la esperanza y traes orden al caos. Te pedimos tu paz para nuestros corazones, nuestras familias y nuestras comunidades. Sana las divisiones que nos separan, reconcilia los conflictos que nos hieren y guía a los líderes de las naciones para que actúen con sabiduría y justicia. Que tu Espíritu actúe en cada corazón, fomentando la comprensión, el perdón y el amor. Que tu paz fluya desde nuestras vidas hacia el mundo, llevando luz a la oscuridad, valentía a los temerosos y esperanza a los desesperados. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Él está presente no solo en este altar, sino también en nuestros corazones, en nuestros hogares y en la vida de todos los que lo buscan. Dichosos los invitados

a esta cena santa, donde se renuevan la vida, la esperanza y la libertad.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Así como Jesús se encontró con Ana en el templo a través de su oración silenciosa y fiel, así se encuentra hoy con nosotros en esta Eucaristía. Él alivia las cargas que llevamos, nos libera de lo que opprime nuestro corazón y restaura la esperanza donde antes reinaba la desesperación. Que esta comunión sea más que un rito: que sea un momento de transformación. Al salir de este lugar, llevemos la Palabra de vida a nuestros hogares, trabajos y comunidades. Que nuestras acciones reflejen el poder sanador de Cristo, que nuestras palabras animen y que nuestra presencia irradie paz. En cada encuentro, seamos instrumentos del amor y de la misericordia de Dios, como Cristo lo fue para Ana, para el hombre de Cafarnaúm y para cada uno de nosotros hoy.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor,
que el sacramento que hemos recibido
fortalezca nuestra fe,
despierte nuestro asombro
e inspire en nosotros el deseo
de llevar tu sanación y tu paz
a todos los que encontremos.
Enséñanos a confiar en tu autoridad,
a actuar con valentía
y a pronunciar palabras que animen y restauren.
Que la obra de tu Espíritu en nosotros
continúe mucho después de esta Misa,
modelando nuestra vida y nuestro mundo
según tu voluntad.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN

Que Dios, que levanta a los humildes, sana a los heridos y pronuncia palabras de vida, los bendiga y los mantenga firmes en la fe.

Que fortalezca su valentía, despierte su asombro y los envíe a proclamar palabras de esperanza, sanación y amor a todos los que encuentren.

Y que la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz, para amar y servir al Señor proclamando su Palabra y viviendo como testigos de su amor que da vida.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Déjate maravillar, sorpréndete y renuévate. La Palabra de Dios sigue actuando en nuestra vida: permite que te transforme, te sane y guíe tus palabras y acciones para llevar esperanza al mundo.

MIÉRCOLES DE LA 1.ª SEMANA DEL TIEMPO ORDINARIO

1 Samuel 3:1–10, 19–20; Marcos 1:29–39

Tema: “Habla, Señor... y ayúdame a escuchar.”

INTRODUCCIÓN

Hace muchos años, un maestro contó la historia de un estudiante llamado Arun. Era inteligente, curioso y lleno de energía, pero tenía una dificultad: nunca escuchaba.

Cuando se daban instrucciones, él ya pensaba en otra cosa. Cuando sus padres hablaban, su mente divagaba.

Un día, mientras corría por el pasillo, chocó con un conserje anciano que llevaba un balde. El hombre lo tocó suavemente en el hombro y le dijo:

—Arun, la vida irá mucho mejor si te detienes lo suficiente para escuchar la voz que te habla.

Esa simple frase lo cambió. Aprendió que escuchar no es algo que hacemos solo con los oídos, sino con el corazón.

Más tarde, dijo que las palabras del conserje marcaron el

momento en que su vida comenzó a alinearse con el propósito de Dios.

Hoy nuestras lecturas nos invitan a ser “oyentes”: como Samuel, que escuchó el llamado de Dios en el silencio de la noche; y como Jesús, que se retiró antes del amanecer para escuchar al Padre en la oración. Al inicio de esta Misa, pedimos la gracia de aprender a escuchar: a Dios, a los demás y a la verdad más profunda dentro de nosotros.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús,

Nos llamas suavemente en el silencio de nuestro corazón, pero a menudo llenamos nuestra vida de ruido. Señor, ten piedad.

Cristo Jesús,

Nos tocas, como tocaste a la suegra de Pedro, levantándonos de lo que nos debilita. Cristo, ten piedad.

Señor Jesús,
Nos invitas a caminar contigo, sirviendo a los demás con compasión y alegría. Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Dios que habla a todo corazón que busca derrame su misericordia sobre nosotros.

Que aquiete las tormentas dentro de nosotros, abra nuestros oídos a Su voz y nos guíe de la confusión a la paz.

Que nos perdone nuestros pecados y nos conduzca a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios de luz y susurros silenciosos,
llamaste a Samuel por su nombre
y condujiste a Jesús al silencio de la oración
antes de enviarlo a servir al mundo.

Abre nuestros corazones para reconocer Tu voz
en medio de nuestras rutinas.

Levántanos, como Jesús levantó a los sufrientes,
y fortalécenos para caminar en Tu propósito.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo... Amén.

HOMILÍA

Una joven describió una vez su vida como “una radio con demasiadas emisoras sonando al mismo tiempo.”

Quería claridad: sobre su trabajo, su fe, sus relaciones... pero no podía escuchar nada claramente porque todo dentro de ella era ruido.

Una tarde, frustrada y ansiosa, entró en una capilla silenciosa. Se dijo:

—Si Dios tiene algo que decir, esta es Su oportunidad.

Más tarde contó:

—Por primera vez en años, no estaba hablando. Estaba escuchando. Y la paz vino como un suave viento.

Las lecturas de hoy nos enseñan que Dios aún habla. La pregunta es: ¿somos lo suficientemente libres, tranquilos y humildes para escuchar?

1. Samuel: el joven buscador que necesitaba guía
Samuel escucha una voz, pero no la reconoce.
Corre hacia Elí tres veces. Aquí está la primera lección:
nadie aprende a escuchar a Dios solo.
Incluso Samuel —dotado, dedicado, especial— necesitaba
la sabiduría de Elí para interpretar lo que estaba
sucediendo.

Elí, a pesar de su edad y su vista debilitada, enseña a
Samuel la oración más importante del Antiguo
Testamento:

—Habla, Señor, que tu siervo escucha.

Así funciona el discernimiento:

- Dios susurra
- Alguien nos ayuda a reconocerlo
- Aprendemos a responder

A veces podemos ser Samuel: confundidos, buscando.
Y a veces podemos ser Elí: guiando a alguien más,
aunque nuestro propio camino sea incierto.

2. Jesús: manos sanadoras nacidas de la oración
En el Evangelio, Jesús sana a la suegra de Pedro con un
simple toque. Ella se levanta y comienza a servir, señal de
que la sanación conduce al discipulado.
Luego, todo el pueblo se agolpa en la puerta: todos
quieren algo de Jesús.
Pero ¿qué hace Jesús a la mañana siguiente? Antes de
que salga el sol, antes de que la gente despierte, antes de
que comiencen las demandas, va a un lugar tranquilo a
orar.

Segunda gran lección: el servicio auténtico nace de la
oración.

Los discípulos no entienden:

—¡Todos te buscan! —se quejan.

Pero Jesús se niega a dejarse controlar por las
expectativas.

Dice:

—Vayamos a otro lugar.

La sanación es Su obra, sí, pero guiada por el Padre, no
por la demanda popular.

3. Estamos llamados a mediar: como Elí, como el pueblo de Cafarnaúm

En el Evangelio, la gente lleva a los enfermos a Jesús.

Se colocan en medio, se convierten en puentes entre la necesidad y la gracia.

Este también es nuestro llamado:

llevar a otros a Jesús y llevar a Jesús a otros.

Cada día podemos ser “mediadores de gracia”:

- Una palabra de ánimo
- Una oración por alguien que sufre
- Un acto silencioso de compasión
- Guiar a alguien hacia una fe más profunda

El Señor quiere trabajar a través de nosotros, no solo para nosotros.

4. Escuchar, Servir, Rendirse

Todas las reflexiones se unen en una verdad:

- Escuchamos como Samuel

- Oramos como Jesús
- Guiamos como Elí
- Servimos como la suegra de Pedro

No controlamos la obra de Dios:

Nos dejamos guiar.

La oración nos mantiene alineados, el servicio nos mantiene humildes, la escucha nos mantiene atentos y la comunidad nos hace crecer.

Un hombre visitó a un artesano famoso por tallar violines de madera.

El artesano dijo:

—El secreto de un buen violín es la madera. Algunos pedazos vibran bellamente. Otros nunca cantan, aunque lo intentes.

—¿Cómo sabe cuál escoger? —preguntó el hombre.

El artesano sonrió:

—Toco la madera y escucho. La madera siempre me dice la verdad... si soy paciente para oírla.

Hermanos y hermanas, Dios toca la madera de nuestro corazón cada día.

Habla, no siempre con fuerza, pero siempre con amor.

Que nos convertamos en personas que escuchan profundamente y responden con valor:

—Habla, Señor, que tu siervo escucha. Amén.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Hermanos y hermanas,
como Samuel colocando su vida ante Dios
y como la suegra de Pedro levantándose para servir,
pongamos ahora nuestros dones —y nuestro corazón—
sobre el altar.

Que el Señor reciba lo que ofrecemos
y nos transforme según Su propósito.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, recibe estos dones,
signos de nuestro deseo de escuchar Tu voz
y servir a Tu pueblo con corazón generoso.

Como transformaste la vida de Samuel
y renovaste la fuerza de los enfermos en Cafarnaúm,
haznos instrumentos de Tu compasión.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

Es justo y necesario, nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Dios Santo, Padre todopoderoso y eterno.
Nos hablas en los momentos silenciosos de la vida
y nos llamas por nuestro nombre.
Guías a los jóvenes con esperanza,
fortaleces a los que buscan con valor,
y sostienes a los ancianos con sabiduría.

En Tu Hijo Jesús,
nos muestras un corazón arraigado en la oración
y manos extendidas en el servicio.

Cuando nos perdemos,
nos despiertas como despertaste a Samuel.

Cuando nuestra fuerza falla,
nos tocas como Jesús tocó a los sufrientes.
Y cuando nuestro propósito se nubla,
nos invitas de nuevo a caminar contigo.

Y así, con ángeles y santos,
alzamos nuestra voz en admiración y alabanza:
Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Con la confianza de Samuel
que dijo: “Habla, Señor, que tu siervo escucha”
y con la confianza de Jesús que oró antes del amanecer,
volvámonos al Padre
que conoce nuestras necesidades antes de pedirlas.

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todo ruido que distrae el corazón.
Concede paz a nuestros días
para que podamos escuchar Tu voz guiadora

y seguir el camino que has dispuesto para nosotros.
Mantennos libres de miedo y confusión
mientras esperamos la esperanza bendita
y la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, Tú te retiraste a orar
y regresaste con paz para dar al mundo.
No mires nuestros pecados sino la fe de Tu Iglesia,
y concédele la paz que nace de corazones que escuchan,
la paz que solo Tú puedes dar. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí el Cordero de Dios,
cuyo toque nos levanta como levantó a los enfermos en
Cafarnaúm,
cuya palabra nos llama como llamó a Samuel.
Dichosos los llamados a la mesa del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Jesús, en esta Eucaristía
has hablado nuevamente a nuestro corazón.
Ayúdanos a llevar Tu presencia a nuestros hogares,
a nuestro trabajo y a los rincones tranquilos de nuestra
vida. Que escuchemos más profundamente,
sirvamos más generosamente
y confiemos con más valentía en los días que vienen.
Amén.

ORACIÓN POST-COMUNIÓN

Señor nuestro Dios,
nos has alimentado con el Pan de Vida.
Así como Samuel se fortaleció en Tu palabra
y Jesús halló fuerza en la oración,
fortalécenos en nuestra vocación.
Mantén nuestros oídos abiertos, nuestros corazones
dispuestos
y nuestros pasos fieles.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN

Que el Dios que llamó a Samuel
hable claramente a tu corazón. Amén.
Que el Señor que sanó a los enfermos
te levante de todo lo que te agobia. Amén.
Que Jesús, que madrugó a orar,
guíe tus días y te mantenga cercano al Padre. Amén.
Y que Dios todopoderoso te bendiga: Padre, Hijo y Espíritu
Santo. Amén.

DESPEDIDA

Salgan y escuchen:
Dios les habla en cada momento.
Vayan en paz.

REFLEXIÓN PARA LLEVAR A CASA

“Dios habla suavemente, pero a los corazones que
escuchan, les habla claramente.”

JUEVES DE LA 1.ª SEMANA DEL TIEMPO ORDINARIO

Lecturas: 1 Samuel 4,1b–11; Marcos 1,40–45

Tema: “Habla, Señor... y ayúdame a escuchar.”

INTRODUCCIÓN

Había una vez un pequeño pueblo que dependía de un pozo para su agua. Un día, el pozo se secó. Los habitantes estaban preocupados y no sabían qué hacer. Entonces apareció un extraño, se ofreció a cavar un nuevo pozo y solo pidió su confianza. Algunos dudaron, pero un niño valiente dijo: “Si quieres, puedes hacerlo—¡yo confío en ti!” Con ese simple acto de fe, surgió una nueva fuente de agua que sostuvo a todo el pueblo.

Hoy escuchamos una historia similar. Un leproso se acerca a Jesús con las palabras: “Si quieres, puedes limpiarme.” En estas pocas palabras vemos confianza, valentía y apertura. Al reunirnos hoy, traigamos también nuestros corazones, listos para ser tocados y sanados por el Señor.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, Tú ves la verdad de nuestro corazón: Conoces dónde estamos heridos, perdidos o con miedo. Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, Tú te acercas a quienes los demás evitan: Sana nuestra frialdad, nuestro egoísmo y nuestro miedo a acercarnos a los demás.

Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, traes vida y esperanza donde hay desesperación:

Perdónanos cuando nos alejamos de tu toque sanador.

Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Dios todopoderoso, que sana a los corazones rotos y restaura la esperanza, perdone tus pecados y te fortalezca en cuerpo, mente y espíritu, para que puedas servir a los demás con alegría. Amén.

COLECTA

Dios de misericordia y luz,
Tú reúnes a tu pueblo e invitas a confiar y a esperar.
Concédenos, fortalecidos por tu Espíritu, amar lo que Tú
mandas y buscar lo que Tú prometes.
En los desafíos de la vida, que nuestros corazones
permanezcan anclados en la verdadera alegría.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

HOMILÍA

Una joven una vez se ofreció como voluntaria en un hospital, pero tenía miedo de tocar a los pacientes por temor a enfermarse. Un día conoció a un paciente cuya enfermedad lo había aislado de todos. Con valentía, tocó su mano. Los ojos del paciente se iluminaron, y en ese momento ella comprendió que su miedo había sido superado, y la vida fluyó a través de su pequeño acto de coraje.

El leproso del Evangelio de hoy se atrevió a acercarse a Jesús, alguien a quien otros evitaban. No podía presumir

que Jesús lo sanaría; solo pidió con fe: "Siquieres, puedes limpiarme." Jesús respondió, no solo con palabras, sino con su toque, rompiendo tabúes sociales y mostrando que nadie está fuera del alcance de la sanación de Dios.

Dios también desea tocar nuestra vida, incluso en las áreas que consideramos intocables o rotas. Pero esta sanación a menudo viene acompañada de desafíos. Como Jesús, a veces debemos asumir el costo de llevar vida y esperanza a otros, aunque sea incómodo o incomprendido. El verdadero discipulado requiere valentía, apertura y confianza en la sabiduría de Dios.

Volviendo a la historia del pueblo: la simple confianza del niño abrió un nuevo pozo. Así, cuando nos acercamos a Cristo con nuestro propio corazón confiado, permitimos que Dios traiga nueva vida y sanación, no solo para nosotros, sino también para quienes nos rodean. Oremos por la valentía de confiar en Él en todo.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Hermanos y hermanas,
como el leproso se acercó a Jesús con confianza y
apertura,
así nosotros nos acercamos ahora a este altar con regalos
que representan nuestra vida—nuestras esperanzas,
nuestras heridas, nuestro anhelo de sanación.
Presentemos estas ofrendas con la misma fe que dijo:
“Señor, si quieras, puedes limpiarme,”
confiando en que Dios transformará lo que ponemos ante
Él. Que sean agradables a Dios Padre todopoderoso...

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Dios de compasión y sanación,
recibe estos dones que colocamos sobre tu altar.
Así como tu Hijo extendió su mano para tocar al leproso,
extiende tu misericordia sobre nuestra vida y transforma
nuestras ofrendas en signos de esperanza, unidad y
renovación.
Que este sacrificio purifique nuestros corazones, despierte

nuestro valor,
y nos prepare para compartir tu amor sanador
con todos los que encontremos. Por Cristo nuestro Señor.
Amén.

PREFACIO

Verdaderamente es justo y necesario,
nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor Dios, Padre santo, omnipotente y eterno.

Porque en cada época te revelas
como el Dios que no teme acercarse a los heridos.
Nos invitas, como al leproso del Evangelio,
a presentarnos ante Ti con el valor simple de decir:
“Si quieras, puedes limpiarme.”

Y en tu ternura, extiendes tu mano,
tocando los lugares que ocultamos,
restaurando la dignidad donde se ha perdido,
y trayendo vida donde antes reinaba el miedo.

Nos enseñas que nadie es intocable,
ningún corazón demasiado roto,
ninguna vida demasiado lejana para tu misericordia.

Y así como tu Hijo asumió el costo de sanar a otros,
Tú nos llamas a vencer nuestros temores,
a cruzar fronteras con amor,
y a ser signos de esperanza y compasión en nuestro mundo.

Y reunidos alrededor de esta mesa de sanación y gracia,
alzamos nuestra voz con los ángeles y todos los santos,
dándote gloria sin fin:

Santo, Santo, Santo es el Señor...

INVITACIÓN A LA ORACIÓN DEL PADRE NUESTRO

Confiamos en el amor del Padre y el cuidado de Cristo,
recemos ahora juntos la oración que Jesús nos enseñó,
seguros de que Él escucha cada palabra y conoce cada necesidad:

EMBOLISMO

Señor Jesucristo,
tocaste al leproso y lo devolviste a la vida;
toca ahora nuestros corazones y libéranos de todo mal.
Líbranos del miedo, del pecado que nos aísla,
y de todo aquello que nos impide confiar en tu amor.
Concédenos paz en nuestros días—
una paz que nos dé valor para amar, fuerza para servir,
y esperanza para todos los que se sienten olvidados o solos,
mientras aguardamos la bienaventurada esperanza
y la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor de todos, concédenos tu paz:
paz en nuestro corazón que no tema al mal,
paz en nuestras familias que nos una en amor,
paz en nuestras comunidades que nos fortalezca en unidad.

Donde haya conflicto, que tu reconciliación prevalezca.

Donde haya división, que tu Espíritu restaure la armonía.
Que tu toque sanador fluya a través de nosotros,
para que seamos instrumentos de paz, consuelo
y amor para un mundo necesitado.
Tú vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí el Cordero de Dios,
que quita los pecados del mundo.
Bienaventurados los que son llamados a su mesa,
invitados no por nuestra dignidad, sino por su misericordia
y amor. Señor, no soy digno...

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Así como Dios encontró a Ana en el templo a través de su oración, así Jesús nos encuentra a cada uno de nosotros aquí en esta Eucaristía.

Él entra en los lugares escondidos de nuestro corazón,
los rincones de nuestra vida que mantenemos aislados o avergonzados.

Nada está fuera de su alcance.
Recibámoslo con confianza, permitiendo que su presencia nos sane, nos restaure y nos fortalezca.
En este encuentro, que encontremos valor para acercarnos a los demás con la misma compasión y apertura que Él nos ofrece.

ORACIÓN POST-COMUNIÓN

Dios de misericordia y luz,
Tocas nuestra vida de formas que van más allá de nuestra comprensión.
A través de esta comida santa, nos recuerdas que nadie está fuera de tu cuidado, ningún lugar demasiado roto para tu toque sanador.
Fortalécenos para llevar esta presencia al mundo:
para hablar esperanza donde hay desesperación,
para acercarnos a los aislados,
y para actuar con valor y amor en toda circunstancia.
Que la vida que hemos recibido aquí dé fruto en nuestras palabras, acciones y corazones.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN

Que Dios, que sana y restaura,
te bendiga con valor para acercarte al Señor con
confianza, paciencia en llevar su obra de amor,
y alegría al servir a los demás.

Que su Espíritu guíe tus pasos, fortalezca tus manos,
e inspire tu corazón para ser un canal de su misericordia y
sanación en el mundo. Amén.

Que el Dios todopoderoso te bendiga... Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz, para servir al Señor
y llevar su sanación y esperanza a cada persona que
encuentren.

REFLEXIÓN PARA LLEVAR A CASA

“Siquieres, puedes limpiarme.”

Acércate a Cristo con valor y confianza, deja que Él toque
tu vida, y permite que ese toque fluya a través de ti hacia
los demás. Incluso el acto más pequeño de fe o bondad
puede traer sanación y esperanza al mundo.

VIERNES DE LA PRIMERA SEMANA DEL TIEMPO

ORDINARIO

Lecturas: 1 Samuel 8,4-7.10-22a; Marcos 2,1-12

INTRODUCCIÓN

Hace algunos años, un maestro contó a su clase una historia sencilla. Un niño cargaba una piedra pesada colina arriba. El niño resbalaba una y otra vez, cada vez más frustrado. Alguien que lo observaba le dijo: “¡Usa toda tu fuerza!”

El niño respondió: “¡Estoy usando toda mi fuerza!”

El hombre respondió con suavidad: “No, todavía no lo has pedido. No me has pedido que te ayude.”

Ese pequeño intercambio revela una verdad profunda: a menudo intentamos cargar nuestras cargas solos, olvidando que la verdadera fuerza se encuentra en la fe compartida y en la misericordia silenciosa de Dios.

Y en esta fiesta de San Antonio Abad, se nos recuerda esto con mayor profundidad. En nuestro mundo agitado y

lleno de ruido, todos necesitamos momentos de silencio, oasis donde nuestros pensamientos dispersos se calmen y nuestros corazones atribulados puedan respirar de nuevo. San Antonio buscó ese silencio en el desierto egipcio, dejando atrás el ruido del mundo para vivir enteramente para Dios. No necesitamos huir al desierto para encontrar a Dios; hoy Él se acerca a nosotros en Su Palabra y en esta santa Eucaristía. Esta Misa puede convertirse para nosotros en el mismo oasis de paz que el desierto fue para Antonio, un lugar donde Dios nos restaura, fortalece y renueva.

En el Evangelio de hoy, un hombre que no podía moverse fue llevado por sus amigos ante Jesús. Su fe se convirtió en su fuerza. Su valor se convirtió en el camino hacia la sanación. Y el primer regalo que recibe no es la movilidad, sino el perdón, la tierna misericordia de Aquel que puede liberar el corazón humano de su parálisis más profunda.

Al comenzar esta Eucaristía, reconozcamos nuestras propias cargas, nuestra necesidad de Dios y las muchas

maneras en que otros nos han llevado en el camino. Entremos en la presencia sanadora de Cristo, confiando en Su poder para perdonar, renovar y hacernos nuevamente completos.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, conoces nuestro corazón mejor que nosotros mismos, y conoces las heridas que nos impiden caminar en libertad. Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, perdonas nuestros pecados y nos levantas del peso de nuestras faltas. Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, nos llamas a levantarnos y caminar en novedad de vida. Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Dios rico en misericordia nos mire con compasión. Que rompa toda cadena que ata nuestro corazón, calme todo miedo que turba nuestro espíritu

y nos restaure a la libertad de Sus hijos amados.
Que nos fortalezca para caminar de nuevo con pasos
firmes por el camino de Cristo. Amén.

COLECTA

Dios de misericordia y fuerza,
enviaste a tu Hijo para levantar a los caídos
y liberarnos de la pesadez del pecado.
Al escuchar hoy tu Palabra,
abre nuestros corazones a tu sabiduría,
para que elijamos tu voluntad por encima de nuestros
propios deseos
y descubramos la verdadera libertad que viene de
seguirte.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

HOMILÍA

Un conocido montañista contó cómo sobrevivió a una
escalada peligrosa. En un momento resbaló, quedó
colgado de la cuerda y no podía subir. Pensó que era el
final. Pero luego sintió un tirón constante desde arriba: sus

compañeros, anclados, lo levantaban pulgada a pulgada.
Después dijo: "Viví porque la fuerza de otro se convirtió en
la mía."

Ese es el Evangelio en una imagen.

Un paralítico yace indefenso; sus amigos no se rinden;
Jesús ve su fe; y las primeras palabras que escucha son
palabras de sanación divina: "Tus pecados te son
perdonados."

Jesús siempre comienza por la herida más profunda. El
perdón no es un gesto sentimental o suave. Es Dios
rompiendo la parálisis interior causada por el orgullo, la
culpa, el miedo o la vergüenza. El perdón restaura la
libertad. Nos devuelve a nosotros mismos.

Y a menudo, como el paralítico, solo podemos llegar a
Jesús porque alguien más nos lleva: padres, amigos,
cónyuge, un sacerdote, una comunidad. Incluso San
Antonio Abad, cuya fiesta celebramos hoy, conoció la
importancia de ser llevado por Dios. En la soledad del

desierto, entregó completamente su propia fuerza, confiando en que solo Dios lo sostendría. Su vida nos muestra que la verdadera libertad y sanación vienen cuando dejamos que Dios nos lleve, incluso cuando nos sentimos más solos.

La primera lectura muestra el movimiento opuesto. Israel quería un rey “como las demás naciones.” Querían control, reconocimiento, seguridad a su manera. Olvidaron a Quien los llevó fuera de Egipto. Eligieron el deseo sobre la confianza, y Dios les permitió probar las consecuencias. Cuando coronamos nuestros propios deseos como rey, pronto se convierten en nuestros captores. Perdemos la libertad. Perdemos el rumbo. Perdemos a Dios.

Pero Cristo viene a restaurar lo que perdemos:

- Perdona.
- Sana.
- Levanta.
- Nos llama a levantarnos y caminar de nuevo.

Y aún hoy actúa a través de la fe de otros: tu familia, tu comunidad, tus amigos, tu Iglesia. Una enfermera me contó sobre un paciente que había estado postrado durante años. Un día su familia lo rodeó y rezó en voz alta: “Señor, dale paz.” De repente, el paciente susurró: “Me siento llevado.” No se había movido físicamente, pero algo dentro de él se levantó.

Eso es lo que el Señor quiere para nosotros hoy: sentirnos llevados, perdonados, fortalecidos, restaurados. Escuchar a Cristo decir: “Levántate. Camina. Tus pecados te son perdonados.”

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Hermanos y hermanas,
al presentar el pan y el vino en el altar,
presentemos también a las personas que nos han llevado
en la fe
y a quienes Cristo nos llama a llevar.
Confíemos todas nuestras cargas y esperanzas
a la misericordia de Dios.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor nuestro Dios,
recibe estos dones que simbolizan nuestras luchas,
nuestras esperanzas y nuestro deseo de caminar de
nuevo en Tu luz.
Así como Tu Hijo levantó al paralítico a nueva vida,
que esta ofrenda levante nuestros corazones
del miedo a la confianza,
del egoísmo a la generosidad,
de la parálisis a la acción fiel.
Transforma nuestras vidas como transformas este pan y
vino.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

Es justo y necesario, nuestro deber y salvación,
siempre y en todo lugar, darte gracias,
Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Tú eres el verdadero Rey que guía a tu pueblo con
misericordia.

Cuando nos dejamos llevar por nuestros propios deseos
y perdemos el camino de la libertad,
Tu voz nos llama de nuevo.
Enviaste a Tu Hijo para compartir nuestra debilidad,
perdonar nuestros pecados y levantarnos cuando no
podemos hacerlo por nosotros mismos.
En Él aprendemos que la fe compartida se convierte en
fuerza multiplicada,
que el amor llevado por otros se convierte en sanación
para todos,
y que Tu misericordia siempre llega más profundo que
nuestras heridas.
Y por eso, con los ángeles y los santos,
y con cada corazón que anhela Tu sanación,
aclamamos: Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Con confianza en el Dios que nos lleva
y con gratitud por la misericordia que perdona y sana,
recemos en las palabras que Jesús nos enseñó,

palabras que elevan nuestro corazón,
unen nuestra fe
y nos recuerdan que somos hijos amados de Dios:

ÉMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todo mal,
de los deseos que nos engañan,
de los miedos que nos paralizan,
y de los pecados que nos pesan.

Concédenos la paz en nuestro día, para que, restaurados
por Tu misericordia,
podamos caminar en libertad,
servirte con alegría
y extender Tu compasión a todos, mientras esperamos la
bendita esperanza y la venida de nuestro Salvador,
Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
tú conviertes nuestra fragilidad en bendición
y nuestra debilidad en canales de gracia.

Haznos instrumentos de tu paz:
donde hay duda, sembremos confianza;
donde hay miedo, lleva valor;
donde hay desesperanza, enciende esperanza;
donde hay heridas, trae Tu toque sanador.
Guía nuestros pasos, fortalece nuestro corazón
y mantennos siempre en Tu paz.
Tú vives y reinas por los siglos de los siglos.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí a Jesús, el Cordero de Dios,
que pronuncia las palabras liberadoras: “Tus pecados te
son perdonados.”
Bienaventurados los que son llamados a Su mesa,
donde comienza la sanación y la gracia restaura nuestra
fuerza.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Jesús,
como encontraste al paralítico gracias a la fe de sus

amigos,
así nos has encontrado en esta Eucaristía.
Aquí has tocado nuestras heridas ocultas
y has soplado paz en nuestros corazones inquietos.
Llévanos ahora con tu gracia,
para que podamos levantarnos renovados
y ayudar a otros a llegar a tu amor sanador.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Dios misericordioso,
nos has nutrido con el Sacramento de la unidad y la
sanación.

Que el perdón que hemos recibido
fluya a través de nuestras vidas hacia los demás.
Fortalece nuestra fe, profundiza nuestra compasión
y guíanos a caminar juntos
como un pueblo restaurado por Tu misericordia.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN

Que Dios, que es el único Rey de nuestros corazones,
te libre de todo deseo falso
y guíe tus pasos con Su sabiduría. Amén.

Que Cristo, que perdona nuestros pecados y sana
nuestras heridas,
te levante de toda parálisis y te llene de paz. Amén.

Que el Espíritu Santo,
que fortalece a los débiles y une a los fieles,
te haga portador de esperanza para todos los que
encuentres. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz de Cristo.
Lleven a otros en la fe
y traigan Su sanación al mundo.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Tu fe puede llevar a alguien que hoy no puede caminar—
y la fe de alguien más te llevará cuando mañana no
puedas caminar.

Que Cristo sea quien diga a ambos:
“Levántate... tus pecados te son perdonados.”

Sábado de la Primera Semana del Tiempo Ordinario

Lecturas: 1 Samuel 9,1–4.17–19; 10,1; Marcos 2,13–17

INTRODUCCIÓN

Hace algunos años, un joven llevó a su madre a una clínica médica. Ella había estado enferma durante meses, pero seguía posponiendo la visita.

Cuando el doctor le preguntó con delicadeza por qué había esperado tanto, la madre bajó la mirada y susurró: —“Me daba vergüenza. No seguí sus indicaciones la última vez y pensé que se sentiría decepcionado de mí.”

El médico sonrió con compasión y le dijo:
—“Mi trabajo no es juzgarte, sino ayudarte. Vienes a mí especialmente cuando te sientes mal, no cuando todo está perfecto.”

Ese simple diálogo nos abre una ventana al Evangelio de hoy. Jesús es el verdadero Médico de nuestras almas. Él no espera que lleguemos impecables o fuertes. No nos dice que nos arreglemos primero.

Más bien, busca a los que se sienten indignos, a los que han cometido errores, a los que se sientan a la mesa del arrepentimiento, la confusión o la vergüenza.

Como Levi, el recaudador de impuestos, podemos sentirnos atrapados en viejas rutinas, hábitos o etiquetas que otros nos han puesto. Pero Jesús entra en medio de nuestra vida cotidiana y pronuncia una palabra tan poderosa que nos levanta y nos hace nuevos: “Sígueme.”

Al venir hoy a la adoración, venimos como pacientes que entran a la clínica de la misericordia de Dios.

Venimos con heridas, historias, decepciones, y también con esperanza de sanación y renovación. Comencemos reconociendo nuestra necesidad del Señor y colocándonos delante de Él con honestidad, confiando en que Su misericordia siempre nos encuentra tal como somos.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, Tú buscas a los perdidos y olvidados.

—Señor, ten piedad.

Nos miras no con juicio, sino con misericordia.

—Cristo, ten piedad.

Te sientas a nuestra mesa y nos invitas a la comunión.

—Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Dios que nos creó en el amor restaure nuestros corazones con su bondad.

Que Jesucristo, el divino Médico, toque las heridas que nuestros pecados han causado.

Que el Espíritu Santo renueve en nosotros el valor de empezar de nuevo.

Que Dios nos perdone nuestros pecados y nos conduzca a la plenitud de la vida. Amén.

COLECTA

Dios de compasión,
Tu Hijo Jesús acogió al pecador, sanó a los quebrantados
y llamó a los improbables.
Libéranos del orgullo que nos ciega,
de la rigidez que cierra nuestro corazón,
y del miedo que nos impide seguir Tu voz.
Prepáranos para Tu llamado, para que, como Levi,
podamos levantarnos y caminar en la novedad de la vida.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

HOMILÍA

Una maestra pidió una vez a sus alumnos que dibujaran a Dios. La mayoría dibujó colores brillantes: luz del sol, arcoíris, caras sonrientes. Pero un niño dibujó a un hombre sentado en una pequeña mesa con otro hombre que parecía triste. Cuando explicó su dibujo, dijo: —“Este es Dios sentado con la persona con la que nadie quiere sentarse.”

Ese es el Evangelio de hoy.

Jesús ve a Levi, un hombre al que los demás evitaban. Los recaudadores de impuestos eran considerados corruptos, impuros y moralmente poco confiables. Ningún rabino habría llamado a un hombre así a ser discípulo. Pero Jesús ve más allá de su reputación y reconoce un corazón listo para la gracia. Con dos simples palabras—“Sígueme”—Jesús transforma su vida.

Marcos nos dice que Levi “se levantó”.

En griego, esta palabra también puede significar resucitar, casi como lenguaje de resurrección.

En el momento en que Jesús habla, algo se eleva en Levi: coraje, esperanza, un nuevo comienzo.

Luego, Jesús se sienta a la mesa de Levi.

En aquella cultura, compartir una comida significaba amistad, aceptación, pertenencia. Era un signo de comunión.

Los expertos religiosos se escandalizan:

—“¿Cómo puede comer con pecadores?”

Jesús responde con una de las verdades más consoladoras de la Escritura:

—“Los enfermos necesitan médico.”

Es decir: —“He venido por los que saben que me necesitan.”

Esto se conecta hermosamente con la primera lectura.

Samuel unge a Saúl: un hombre común, ocupado buscando asnos perdidos, sin saber que Dios lo estaba buscando. Dios a menudo nos encuentra en las partes simples, perdidas o confusas de nuestra vida.

Levi estaba ocupado recaudando impuestos.

Saúl estaba ocupado buscando asnos.

Nosotros a menudo estamos ocupados con preocupaciones, fracasos, preguntas.

Pero Dios está ocupado buscándonos.

La misericordia de Jesús no es superficial.

Va profundo. Transforma. Llama. Nos levanta.

Tres invitaciones para hoy:

1. Permite que Jesús te encuentre donde estás, no donde crees que “deberías” estar.
No necesitamos limpiarnos primero.
La gracia llega antes de la mejora personal.
2. Permite que Jesús se siente a tu mesa.
En tu vida real: tus luchas, debilidades y tu historia.
3. Permite que Jesús te llame otra vez.
Los discípulos más improbables pueden llegar a ser grandes santos.

Hay una historia de un pintor que hizo dos retratos. Uno mostraba el rostro humano magullado, cansado y avergonzado. El otro mostraba el mismo rostro, sanado, brillante y transformado. Cuando le preguntaron por qué pintó ambos, dijo:

—“Porque Dios siempre ve ambos: el que somos y el que podemos llegar a ser.”

Hoy, Jesús ve ambos en nosotros.

Nos encuentra en nuestras heridas y nos llama a la sanación. Que nos levantemos, como Levi, y lo sigamos.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Hermanos y hermanas, así como Levi abrió su casa para Jesús, abramos ahora nuestro corazón mientras presentamos nuestros dones al altar.

Que lo que ofrecemos hoy exprese nuestro deseo de sanación, renovación y un discipulado más profundo, y sea aceptable para Dios Padre Todopoderoso.

ORACIÓN DE OFRENDA

Padre misericordioso,
recibe estos dones que representan nuestras esperanzas,
cargas y anhelos de ser restaurados.

Transforma lo que traemos en signos de Tu compasión,
y prepara nuestros corazones para el llamado de Tu Hijo,
que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

PREFACIO

Es justo y necesario, nuestro deber y salvación,
darte siempre gracias, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Nunca te cansas de buscar a tus hijos cuando se pierden o se desvían del camino. Llamas a los improbables, sanas a los heridos, y abres Tu mesa a los pecadores que buscan misericordia.

En Cristo, el Médico divino, revelas un amor que no espera nuestra dignidad sino que crea nueva vida en quienes confían en Ti.

Y así, con los santos y los ángeles, que se regocijan siempre que se encuentran los perdidos, te alabamos sin cesar:
Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Reunidos como hijos amados pese a nuestra debilidad, y fortalecidos por la misericordia que Cristo ha mostrado a pecadores como nosotros, nos atrevemos a decir:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todo mal
y del orgullo que ciega el corazón.
Concédenos paz en nuestros días, sanación en nuestras
heridas,
y libertad de todo aquello que nos aleja de Ti,
mientras esperamos con esperanza la venida de nuestro
Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
te sentaste a la mesa con pecadores y les ofreciste paz.
No mires nuestras fallas, sino la fe que inspiras en
nosotros.
Haznos instrumentos de reconciliación,
suavidad y misericordia en nuestras familias y en nuestro
mundo.
Concédenos Tu paz ahora y siempre.
Tú vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí el Cordero de Dios que se sienta a la mesa de los
pecadores
y nos llama a la comunión con Él.
Bienaventurados los llamados a la cena del Cordero.

MEDITACIÓN CORTA DESPUÉS DE LA COMUNIÓN
Señor Jesús,
como te sentaste con Levi y tocaste su corazón,
ahora has entrado en nuestra vida por este Santo
Sacramento.

Quédate con nosotros en los momentos ordinarios de
nuestro día,
sana lo que está herido,
y guíanos a seguirte con el valor de un corazón renovado.
Amén.

ORACIÓN POST-COMUNIÓN

Dios de toda consolación,
por este Sacramento te has acercado a nosotros con
misericordia.

Sana los lugares rotos dentro de nosotros,
fortalece nuestro deseo de seguir a Tu Hijo,
y envíanos como testigos de Tu compasión.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN

Que el Dios que buscó a Saúl en los campos
y encontró a Levi en su mesa de impuestos
te encuentre hoy donde quiera que estés. Amén.
Que Cristo, el Médico,
sane tus heridas y levante tu corazón. Amén.
Que el Espíritu Santo te guíe
para levantarte y seguir el llamado de Dios con valentía.
Amén.
Y que Dios Todopoderoso te bendiga,
el Padre, ✕ el Hijo y el Espíritu Santo. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz,
sanados por Cristo y enviados a llevar Su misericordia a
los demás.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Jesús ve más en ti de lo que tú mismo ves.
Permítele sentarse a tu mesa y llamarte nuevamente hoy.